



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

# Argentina: el desafío de ver la luz al final del túnel

Tomás María Martino <sup>1</sup>

[martinotomas90@gmail.com](mailto:martinotomas90@gmail.com)

---

<sup>1</sup> Abogado, graduado en la Universidad de San Isidro (USI), Buenos Aires, Argentina.



Imagen: Google Imágenes

La realidad argentina es miscelánea. Aquel que se tome el trabajo de leer la catarata de noticias de todos los días encontrará, como es propio de una sociedad activa, distintas visiones de lo que sucede en las calles, en nuestras casas, en las instituciones y en las altas esferas donde se disputa el poder. Todo un tejido de textos e imágenes con visiones positivas o negativas, esperanzadoras o angustiantes de lo que significa vivir en este territorio.

Por cierto, el tema de la grieta no es un fenómeno nuevo. Lo puede afirmar cualquier historiador que se precie. Es tan antiguo como el Cabildo y puede que hasta incluso haya empezado a sonarnos algo trillado, algo redundante. En cualquier caso, la grieta es una experiencia de ciudadanía, es un abrirse camino en un país que va a los tumbos con su propia histeria.

Como tal vez todos sepamos, el argentino es el mejor del mundo. O al menos esa es la creencia instalada: “Maradona-Dios; argentino-el mejor”. Con el Papa Francisco y Lionel Messi a la cabeza confirmamos el dicho que declara que Dios está en todos lados pero atiende en Buenos Aires: en cada aspecto, en cada desarrollo, en cada disciplina de la vida habrá un argentino haciendo de las suyas.

Podríamos reconocer fácilmente a uno a la distancia: esa tonada mandante, esa presencia expansiva e intensa, esa gracia y esa astucia, que básicamente es la capacidad para sobrevivir y desarrollarse de la nada en cualquier rincón del planeta. Podríamos sugerir, además, aún livianamente, que toda esa idiosincrasia, esa suerte de bagaje, nos las legó la historia, el crisol de genes y el aluvión de influencias puestas a dialogar a lo largo del tiempo y la geografía.

Sin embargo, nuestro país, tan vasto y lleno de argentinos, sufre desde hace largas décadas la decadencia del Imperio que no supimos conseguir. Y ya no hay grieta, divisiones o visiones contrapuestas que lo puedan negar: en algún punto la realidad supera lo que quieran mostrar las noticias a diario.

Son muchos los síntomas que nos aquejan, y cayendo en un reduccionismo un tanto arbitrario podríamos mencionar algunos, tales como la inflación, la corrupción institucional, el desapego a la autoridad y a la ley, el ventajismo y la avivada corporativista, los índices estafalarios de pobreza, desempleo y trabajo en negro; todos asuntos complejamente vinculados entre sí y que conforman, en conjunto, la rueda de la desgracia, una especie de círculo vicioso que al girar nos sumerge cada día un poco más.

De todas formas, ya lo dice la física: no todo es oscuridad. O aún mejor, no hay oscuridad sin luz. Y la historia se encarga de confirmarlo. Ella, que es el hilo hilvanado por los hombres -la humanidad-, lo demuestra a cada paso con ejemplos contundentes. Después de la Edad Media -esos años oscuros librados a la suma ignorancia- llegó el Renacimiento con su fervor cultural. Alemania superó la carga de dos guerras mundiales que la devastaron y hoy sostiene, con pujanza constante, el motor de una Comunidad entera. Japón

sufrió dos bombas atómicas y es, actualmente, una de las sedes de la tecnología de punta y el bienestar económico. Hay algo en el hombre que impulsa a seguir.

“Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser” (Centeno, 2020), afirmaba el filósofo racionalista Baruch Spinoza<sup>2</sup>. Esto alude, en mi opinión, a que el hombre es hombre y guarda en sí, a la vista de lo dicho, una fuerza que lo empuja a perseverar incluso en la adversidad más terrible. Este también es un concepto llamado resiliencia, que muchos años después acuñaría Boris Cyrulnik, un psiquiatra y psicólogo francés sobreviviente de los campos de concentración nazi.

Sería fácil, en los tiempos que corren, dejarnos seducir por alguna de las dos facciones de la mentada grieta: ver aliados y enemigos en cada esquina de esta parcela compartida. O endulzarnos los oídos y la cabeza con la creencia de nuestra superioridad innata. O, tal vez peor, resignarnos amargamente a la convulsión que traen los síntomas sociales cada vez más críticos, cada vez más álgidos.

Pero el argentino, a pesar de todo lo que se lo pueda ensalzar o reprochar, también es ser humano, y esto, por más obvio que suene, significa que, mientras viva, habrá una bocanada de aire, una esperanza, un futuro posible más allá del horizonte negro. Es decir que, en tanto vivamos, la posibilidad de evolucionar está, existe, pues el potencial para perseverar es intrínseco al hombre.

Los momentos en donde parece que todo se hunde alrededor son los que más exigen de nosotros una mirada lúcida, atenta para captar la luz que titila al final del túnel. Ahora todo depende de los consensos que gestionemos como sociedad para guiarnos hacia allá.

---

<sup>2</sup> La frase hace alusión al término “conato”, que elaboró en su obra *Ética* del año 1677. El mismo da cuenta de la potencialidad que tiene todo ente para seguir existiendo.

## Bibliografía

Centeno, D. F. (31 de Agosto de 2020). Diccionario Filosófico de Centeno. Obtenido de <https://sites.google.com/site/diccionariodecenteno/c/conatus>